



La Santa Sede

VISITA PASTORAL DEL PAPA FRANCISCO
A LAS DIÓCESIS DE PIAZZA ARMERINA Y DE PALERMO
CON OCASIÓN DEL 25 ANIVERSARIO DE LA MUERTE
DEL BEATO PINO PUGLISI

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Plaza Politeama, Palermo
Sábado, 15 de septiembre de 2018

[Multimedia]

Queridos amigos, ¡buenas tardes!

Estoy contento de encontraros al final de este día. Una jornada un poco cansada, pero hermosa, ¡hermosa, hermosa! ¡Gracias a los palermitanos! Gracias por las tres preguntas. Yo conocía las tres preguntas y había escrito alguna respuesta, pero me gusta subrayar y si viene otra idea meterla en el momento. La primera, la tuya, era sobre cómo escuchar la voz del Señor y madurar una respuesta. Pero yo preguntaría: ¿cómo se escucha al Señor? ¿Cómo se escucha? ¿Dónde habla el Señor? ¿Vosotros tenéis el número de teléfono del Señor, para llamarlo?... ¿Cómo se escucha al Señor? Os diría esto y esto en serio: el Señor no se escucha estando en el sillón. ¿Entendéis? Sentado, con la vida cómoda, sin hacer nada y quisiera escuchar al Señor.

Te aseguro que escucharías cualquier cosa menos al Señor. Al Señor, con la vida cómoda, en el sillón, no se le escucha. Permanecer sentados, en la vida —escuchad esto, es muy importante para vuestra vida de jóvenes— permanecer sentados crea interferencia con la Palabra de Dios, que es dinámica. La palabra de Dios no es estática y si tú eres estático no puedes escucharla.

Dios se descubre caminando. Si tú no estás en marcha para hacer algo, para trabajar por los demás, para llevar un testimonio, para hacer el bien, nunca escucharás al Señor. Para escuchar al Señor es necesario estar en marcha, no esperando que en la vida suceda de forma mágica algo. Lo vemos en la fascinante historia de amor que es la Biblia. Aquí el Señor llama continuamente a gente joven. Siempre, continuamente. Y ama hablar a los jóvenes mientras están en marcha —por ejemplo, pensad en los dos discípulos de Emaús o mientras se dan qué hacer— pensad en David, que pastoreaba el rebaño, mientras que sus hermanos estaban en casa tranquilos o en guerra. Dios detesta la pereza y ama la acción. Poneos esto bien en el corazón y en la cabeza: Dios detesta la pereza y ama la acción. Los vagos no podrán heredar la voz del Señor, ¿entendido? Pero no se trata de moverse para mantenerse en forma, de correr todos los días para entrenarse. No, no se trata de eso. Se trata de mover el corazón, poner el corazón en marcha. Pensad en el joven Samuel. Se encontraba día y noche en el templo y sin embargo estaba en continuo movimiento, porque no se quedaba inmerso en sus asuntos sino que estaba en búsqueda. Si tú quieres escuchar la voz del Señor, ponte en marcha, vive en búsqueda. El Señor habla a quien está en búsqueda. Quien busca, camina. Estar en búsqueda es siempre sano; sentir que ya se ha llegado, sobre todo para vosotros, es trágico. ¿Entendido? No sintáis que ya habéis llegado, ¡nunca! Me gusta decir, retomando lo del sillón, me gusta decir que es feo ver a un joven jubilado. Es feo. El joven debe estar en camino. La juventud es esto. Si te jubilas a los 22 años, te has envejecido muy rápido.

Jesús nos da un consejo para escuchar la voz del Señor: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis» (*Lucas* 11, 9). Ya, pero, ¿dónde buscar? No en el teléfono —como he dicho—: allí las llamadas del Señor no llegan. No en televisión, donde el Señor no posee ningún canal. Ni siquiera en la música ensordecedora ni en el ruido que aturde: allí la línea con el cielo está interrumpida. El Señor no se busca ni siquiera frente al espejo —esto es un peligro, escuchad bien: el Señor no se busca ni siquiera frente al espejo—, donde estando solos corréis el riesgo de quedar desilusionados de aquello que sois. Esa amargura que vosotros sentís, a veces, que lleva a la tristeza: «¿pero yo quién soy? ¿Qué hago? No sé qué hacer...» y te lleva a la tristeza. No. En camino, siempre en camino. No lo busquéis en vuestro cuarto, cerrados en vosotros mismos pensando en el pasado o vagando con el pensamiento a un futuro incierto. No, Dios habla ahora en la relación. En el camino y en la oración con los demás. No os cerréis en vosotros mismos, confíaos con Él, confíadle todo a Él, buscadlo en la oración, buscadlo en el diálogo con los demás, buscadlo siempre en movimiento, buscadlo en camino.

Entenderéis que Jesús cree en vosotros más de lo que vosotros creéis en vosotros mismos. Esto es importante: Jesús cree en vosotros más de lo que creéis vosotros en vosotros mismos. Jesús os ama más de lo que os amáis. Buscadlo saliendo de vosotros mismos, en camino: Él os espera. Haced grupo, haced amigos, haced caminatas, haced encuentros, haced Iglesia así, caminando. El Evangelio es escuela de vida, el Evangelio siempre nos lleva al camino. Creo que este es el modo de prepararse para escuchar al Señor.

Y después, escucharás la invitación del Señor a hacer una cosa u otra... En el Evangelio vemos que a alguno le dice: «¡Sígueme!» A otro dice: «Ve a hacer esto...». El Señor te hará sentir qué quiere de ti, pero con la condición de que no estés sentado, de que estés en camino y buscando a los demás, buscando diálogo y comunidad con los demás. Sobre todo en la oración. Reza con tus palabras: con lo que te sale del corazón. Es la oración más hermosa. Jesús siempre nos llama a despegar: no te conformes con mirar el horizonte de la playa, no, ve adelante. Jesús no quiere que te quedes en el banquillo, te invita a salir al campo. No te quiere entre bastidores espiando a los demás o en las tribunas comentando, sino en el escenario. ¡Entra en juego! ¿Tienes miedo de hacer el ridículo? Hazlo, paciencia. Todos lo hemos hecho. Mucho, mucho. Desprestigiarse no es el drama de la vida. El drama de la vida, en cambio, es no poner la cara: ¡ese es el drama! ¡Es no dar la vida! Mejor cabalgar los hermosos sueños con cualquier papelón que convertirse en jubilados de vida tranquila —panzones, allí, cómodos—. Mejor buenos idealistas que vagos realistas: ¡mejor ser Don Quijote que Sancho Panza.

Hay otra cosa que os puede ayudar, lo he dicho de paso, pero quiero repetirlo: Soñad en grande, a lo grande, porque en los grandes sueños encontrarás muchas palabras del Señor que te está diciendo algo. Caminar, buscar, soñar. Y un último verbo que ayuda para escuchar la voz del Señor es servir, hacer algo por los demás. Siempre hacia los demás, no replegado sobre uno mismo, como aquellos que tienen por nombre «yo, mi, conmigo, para mí», esa gente que vive para sí misma pero al final termina como el vinagre, tan malo...

La segunda pregunta. Veamos si he escrito algo... Realmente vuestra isla es un centro de encuentro de tantas culturas... Yo no conozco Sicilia, es la primera vez: he estado en Lampedusa y ahora, aquí. También vuestra lengua, vuestros dialectos tienen raíces de muchas lenguas, muchas, porque fue un cruce de caminos de culturas y todas dejaron un rastro cultural. Vosotros sois un pueblo [fruto del] encuentro de culturas y de personas. Me gustó sentir esto, escuchar decir de vosotros, de ti, que Sicilia, que está en el centro del Mediterráneo, es siempre una tierra de encuentro. No se trata solo de una hermosa tradición cultural, es un mensaje de fe.

Vuestra vocación será seguramente ser hombres y mujeres de encuentro. Encontrar y hacer encontrar; favorecer los encuentros, porque el mundo de hoy es un mundo de desencuentros, de guerra... La gente no se entiende... Y la fe se funda en el encuentro, un encuentro con Dios. Dios no nos ha dejado solos, ha bajado Él a encontrarnos. Él viene a encontrarnos, Él nos precede, para encontrarnos. La fe se funda en el encuentro. Y [en el] encuentro entre nosotros, ¿cuánto cuenta la dignidad de los demás?

Dios quiere que nos salvemos juntos, no solos, que seamos felices juntos, no de forma egoísta solos. Que nos salvemos como pueblo. Esta palabra, «pueblo»: Vosotros sois un pueblo con una identidad grande y debéis estar abiertos a todos los pueblos que, como en otros tiempos, vienen a vosotros. Un cristiano que no es solidario no es cristiano. Con ese trabajo de integración, de acogida, de respetar la dignidad de los demás, de la solidaridad... Para nosotros no son buenos

propósitos para gente educada, sino rasgos distintivos de un cristiano. Un cristiano que no es solidario no es cristiano. La solidaridad es la marca del cristiano. Lo que hoy falta, de lo que hay carestía es el amor: no el amor sentimental, que podemos ver en las telenovelas, sino aquel concreto, el amor del Evangelio. Yo les diré a ti y a todos: ¿Cómo va tu amor? ¿Cómo está el termómetro de tu amor?

Somos buenos haciendo distinciones, incluso justas y buenas, pero a veces olvidamos la simplicidad de la fe. ¿Y qué nos dice la fe? «Dios ama al que da con alegría» (2 Corintios 9, 7). Amor y alegría: esto es acogida. Para vivir no se puede solo distinguir, a menudo para justificarnos a nosotros mismos; debemos involucrarnos ¿Digo esto en dialecto? En el dialecto humano: ¡hay que ensuciarse las manos! ¿Habéis entendido? Si no sois capaces de ensuciaros las manos, nunca seréis acogedores, nunca pensaréis en el otro, en las necesidades de los demás. Queridos, «la vida no se puede explicar, ¡se vive!» Dejemos las explicaciones para más tarde; pero vive la vida. La vida se vive. Esto no es mío, lo dijo un gran autor de esta tierra. Es aún más válido para la vida cristiana: la vida cristiana se vive. La primera pregunta es: ¿pongo a disposición mis habilidades, mis talentos, todo lo que puedo hacer? ¿Tengo tiempo para los demás? ¿Soy acogedor con los demás? ¿Activo un poco de amor concreto en mis días?

Hoy todo parece estar conectado, pero en realidad nos sentimos demasiado aislados, distantes. Ahora os hago pensar, a cada uno de vosotros, sobre la soledad que tenéis en vuestro corazón: ¿con qué frecuencia os encontráis solos con esa tristeza, con esa soledad? Este es el termómetro que le dice que la temperatura de recepción, de ensuciarse las manos, de servir a los demás es demasiado baja. La tristeza es un índice de la falta de compromiso, ¡y sin compromiso nunca podréis ser constructores del futuro! ¡Debéis ser constructores del futuro, el futuro está en vuestras manos! Pensad bien: el futuro está en vuestras manos. No podéis tomar el teléfono y llamar a una compañía para que os haga el futuro: el futuro lo tienes que hacer tú, con tus manos, con tu corazón, con tu amor, con tus pasiones, con tus sueños. Con los demás. Acogedor y al servicio de los demás.

Necesitamos hombres y mujeres verdaderos, no personas que hagan como que son hombres y mujeres. Hombres y mujeres verdaderos, que denuncien la mala vida y la explotación. ¡No tengáis miedo de denunciar, de gritar! Necesitamos hombres y mujeres que vivan relaciones libres y liberadoras, que amen a los más débiles y sean apasionados de la legalidad, reflejo de honestidad interior. Necesitamos hombres y mujeres que hagan lo que dicen —hacer lo que dices— y digan que no al *gattopardismo* difuso. Hacer lo que quiero llevar adelante, y no dar una pincelada de pintura y adelante así, no. La vida no se hace a pinceladas de barniz; la vida se hace en el compromiso, en la lucha, en la denuncia, en la discusión, al jugarse la vida por un ideal; en los sueños ... Tú haces esto, y así sucede.

Ser acogedor significa ser uno mismo, estar al servicio de los demás, ensuciarse las manos y todo lo que dije. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo, verdad? Y ahora, la última pregunta —he escrito

algo mientras hablabas...—: ¿Cómo vivir el ser joven en esta tierra? Me gusta decir que estáis llamados a ser amaneceres de esperanza. La esperanza surgirá en Palermo, en Sicilia, en Italia, en la Iglesia a partir de vosotros. Vosotros tenéis en el corazón y en las manos la posibilidad de hacer nacer y crecer esperanza. Para ser amaneceres de esperanza hay que levantarse cada mañana con un corazón joven, esperanzador, luchando por no sentirse viejo, por no ceder a la lógica de lo irredimible. Es una lógica perversa: esto no funciona, no cambia nada, todo está perdido... Esta es una lógica perversa, es el pesimismo, según el cual no hay salvación para esta tierra, todo está acabado. ¡No! No al fatalismo, no al pesimismo, sí a la esperanza, sí a la esperanza cristiana. No a la resignación. Escuchad bien: un joven no puede estar resignado. ¡No a la resignación! Todo puede cambiar. «Pero, padre, ¿dónde debo llamar, para cambiar todo?» A tu corazón, a tus sueños, a tu capacidad de hombre, de mujer, de llevar adelante un fruto. De generar. Como generarás un hijo o una hija mañana, de generar una civilización nueva, una civilización acogedora, una civilización fraternal, una civilización del amor. ¡Todo puede cambiar!

Sed hijos libres. Mientras hablabas, pensaba que estamos viviendo un tiempo de crisis. Es verdad. Todos lo sabemos. Tantas crisis diferentes, pero es el mundo el que está en crisis; muchas pequeñas guerras, pero el mundo está en guerra; muchos problemas financieros, pero los jóvenes están sin trabajo... Es un mundo de crisis; un mundo en el que también podemos ver la desorientación que te lleva a la crisis. La palabra crisis significa que te hacen bailar en la incertidumbre; la palabra crisis dice que no puedes permanecer quieto porque todo se cae, todo se pierde. ¿Cuáles son tus valores? He hablado de vuestra esperanza, del futuro: vosotros sois la esperanza. He hablado sobre el presente: vosotros tenéis la esperanza en vuestras manos. Pero os pregunto: en este tiempo de crisis, ¿tenéis raíces? Que cada uno responda en su corazón: «¿Cuáles son mis raíces?». ¿O las has perdido? «¿Soy un joven con raíces, o ya soy un joven desarraigado?». Antes he hablado de jóvenes en sillones, de jóvenes jubilados, jóvenes tranquilos que no se ponen en camino. Ahora te pregunto: ¿eres un hombre joven con raíces o desarraigado? Hablamos sobre esta tierra de tanta cultura: ¿pero estás arraigado en la cultura de tu pueblo? ¿Estás enraizado en los valores de tu gente, en los valores de tu familia? ¿O estás un poco en el aire, un poco sin raíces, —disculpad la palabra— un poco «gaseoso», sin fundamentos, sin raíces? «Pero, padre, ¿dónde puedo encontrar las raíces?». En tu cultura: ¡encontrarás muchas raíces! En el diálogo con otros... Pero sobre todo, y quiero subrayar esto, hablad con personas mayores. Hablad con los ancianos. Escucha a los ancianos. «¡Padre, ellos siempre dicen las mismas cosas!». Escuchadlos. Discutid con los viejos, porque si discutes con los viejos, ellos hablarán más profundamente y dirán cosas. Deben darte las raíces, raíces que luego, en tus manos, producirán esperanza que florecerá en el futuro. De manera diferente, pero con raíces. Sin raíces, todo está perdido: uno no puede ir y crear esperanza sin raíces. Un poeta nos dijo: «Lo que el árbol tiene de floreado, proviene de lo que tiene enterrado», desde sus raíces. Buscad las raíces.

Y si alguien piensa que las personas mayores son aburridas, que siempre repiten las mismas cosas, yo les aconsejo: ve a ellas, déjalas hablar, lucha con ellas. Y comenzarán a decirte cosas

interesantes, que te darán fuerza, te darán fuerzas para continuar. «¿Pero tengo que hacer lo mismo que ellos hicieron?» ¡No! Toma de ellos fuerza, la pertenencia. Un joven que no pertenece a una sociedad, a una familia, a una cultura, es un joven sin identidad, sin rostro. En tiempos de crisis debemos soñar, debemos comenzar, debemos servir a los demás, debemos ser acogedores, debemos ser jóvenes para encontrarnos, debemos ser jóvenes con esperanza en las manos, con el futuro en las manos y debemos ser jóvenes que toman desde las raíces la capacidad de hacer florecer la esperanza en el futuro. Os lo ruego, no seáis desarraigados, «gaseosos», porque sin raíces no tendréis pertenencia y no tendréis identidad.

Me gusta veros aquí, en la Iglesia, portadores alegres de esperanza, de la esperanza de Jesús que supera el pecado. No os diré que sois santos, no. Vosotros sois pecadores, todos, como yo, como todos. Pero es la fuerza de Jesús la que vence al pecado y te ayuda a seguir adelante. La esperanza que supera la muerte. Soñamos y vivimos la cultura de la esperanza, la cultura de la alegría, la cultura de pertenecer a un pueblo, a una familia, a la cultura que sabe cómo sacar de raíz la fuerza para florecer y dar fruto.

Muchas gracias por escuchar, por la paciencia... Vosotros estáis de pie... Disculpad, os he hablado sentado, pero mis tobillos me dolían a esta hora. Gracias. Y no lo olvidéis: las raíces, el presente en las manos y trabajar para la esperanza del futuro, para tener pertenencia e identidad. ¡Gracias!

Ahora quisiera daros la bendición. Sé que entre ustedes hay jóvenes católicos, cristianos, de otras tradiciones religiosas e incluso algunos agnósticos. Por eso, daré la bendición a todos, y pediré a Dios que bendiga esa semilla de inquietud que hay en vuestro corazón.

Señor, Señor Dios, mira a estos jóvenes. Conoces a cada uno de ellos, sabes lo que piensan, sabes que quieren seguir adelante, para hacer un mundo mejor.

Señor, hazlos buscadores del bien y de la felicidad, hazlos activos en el camino y en el encuentro con los demás; hazlos audaces en el servir, hazlos humildes en la búsqueda de las raíces y llévalos adelante para dar frutos, tener identidad, tener pertenencia. Que el Señor, el Señor Dios, acompañe a todos estos jóvenes en su camino y los bendiga a todos. Amén.